

LA MAESTRÍA ESCULTÓRICA DE ARTURO MACÍAS

POR: HÉCTOR CEBALLOS GARIBAY

Entre las múltiples funciones que le son inherentes al arte, no debe olvidarse su enorme potencial como fuente de sabiduría. En efecto, además del placer sensible que producen los objetos artísticos, también conforman un crisol de conocimientos en torno al contexto histórico, la vida, el talento y la imaginería del creador. A través de su arte, el artista reproduce y reinventa espiritualmente el mundo externo, el cual aparece entonces como un ámbito luminoso del que emanan multitud de signos y símbolos, de formas y contenidos, de fantasías y realidades. Y por eso ahora, al presentar la obra de Arturo Macías, quiero enfatizar que se trata precisamente de un escultor cuyas creaciones no sólo traslucen belleza estética, sino que también son portadoras de múltiples significados históricos y antropológicos que, sin duda, enriquecen la cosmovisión del público.

En este sentido, resulta evidente que Macías es un buen ejemplo de la feliz amalgama entre el investigador y el creador, el estudioso del arte popular y el artista. Me parece importante hacer este señalamiento en virtud de que toda su obra escultórica es producto de una rigurosa planeación, en la cual se conjugan la erudición etnológica, el esbozo del proyecto y el trabajo final resultado de una lenta depuración estilística. Asimismo es perceptible que la sapiencia en torno a la cultura prehispánica constituye uno de los varios afluentes que nutren la inventiva estética de Macías. Y me refiero a conocimientos profundos en torno a las excelsas manifestaciones pictóricas, arquitectónicas, escultóricas y literarias precolombinas, así como a la sabiduría acumulada sobre el denominado “arte popular” (orfebrería, ebanistería, cerámica, bordado, danza, etc.) que floreció en aquellos tiempos y del cual, por fortuna, aún existen vestigios que descuellan en medio del tráfigo estético posmoderno.

No está de más añadir que gracias al esfuerzo de reivindicación y promoción del arte y la artesanía indígenas realizado por Macías en su ámbito michoacano –una tarea notable y persistente a lo largo de las últimas décadas–, hoy en día ya no es tan fuerte el prejuicio en contra de las llamadas “artes menores” y cada vez más se acrecienta el gusto de la gente por los productos derivados de la mano diestra de las etnias aborígenes. Es por ello que la labor de Macías como estudioso y promotor cultural de este inmenso universo estético –tan injustamente desdeñado y marginado a causa de los actuales hábitos tecnocráticos y consumistas– no sólo le ha servido como fuente de inspiración para su obra personal, sino que también ha contribuido a la toma de conciencia por parte del público sobre el hecho de que en muchos de los utensilios elaborados por los artesanos indígenas también se encuentra esa “aura” de la que hablaba Walter Benjamin: la originalidad que convierte en obras prodigiosas a los objetos creados por el ser humano. En efecto, ya se trate de enseres útiles o de cosas superfluas (de

simple ornato), la *artisticidad* depende de la capacidad de los hombres y las mujeres para materializar en un producto (sea un poema, una partitura, un edificio, una vajilla,) tanto la maestría técnica (la *tejné*, según los griegos) como la invención estética particular de cada autor.

Debo subrayar, además, que esta loable tarea de rescatar y revalorizar el arte, el folklore y ciertas tradiciones indígenas (las referentes, por ejemplo, al respeto y veneración por la naturaleza) es ciertamente una manera educativa para poder conservar y cultivar la memoria histórica en torno a ese riquísimo legado autóctono que ha nutrido –a la par con la herencia española- el acervo vasto y variado que conforma el sincretismo cultural propio de la nación mexicana. Debido a esta capacidad del artista para abreviar de lo mejor de nuestras raíces, estoy cierto de que el colorido, el ingenio, la destreza técnica y la imaginaria desplegadas en el arte popular han alimentado el corpus estético de Macías, un creador que ha sabido sacarle todo el jugo vital a ese entorno michoacano poblado de olores y sabores, de sonidos melancólicos y festivos, y de paisajes serranos y húmedos tan propicios para cultivar la sensibilidad y el buen gusto, tal como lo hacen estos artistas y artesanos descendientes de los purépechas.

La obra escultórica del artista uruapense (por adopción) se inscribe en una línea de continuidad de indudable prosapia: Picasso, Brancusi, Moore, Giacometti, etcétera. Estos creadores insignes han recibido inspiración de la magnificencia del llamado “arte primitivo” africano y americano. No es posible, por ejemplo, entender la propuesta revolucionaria de Picasso en *Las señoritas de Aviñón* (1907), obra célebre que da origen al Cubismo, sin la benigna influencia del arte negro. Citando otro caso notable, tampoco pueden explicarse las figuras monumentales y los contornos curvilíneos de las esculturas de Henri Moore, si no se tiene en consideración como antecedente luminoso a la soberbia estatuaria mesoamericana. Así pues, son numerosos los genios europeos que se han nutrido con el legado artístico de las estéticas ajenas al canon clásico occidental. En el ámbito de la pintura es sabido lo mucho que le deben Van Gogh y Gauguin al intenso colorido y al sentido decorativo de las estampas japonesas. Y me pregunto acerca de cuántos escultores contemporáneos han sido positivamente influenciados por las Venus estilizadas del Paleolítico o por las figuras femeninas –modeladas con un bello toque abstraccionista– del arte cicládico (milenios III y II a de C.). Arturo Macías pertenece precisamente a esta tradición de creadores que se alimentan de la fecunda dialéctica entre el arte primitivo y el arte moderno. En efecto, toda su obra escultórica, en particular las diosas prehispánicas y los hombres añosos, debe visualizarse a trasluz de la admiración y las lecciones que el artista michoacano ha derivado tanto de las creaciones surgidas del siempre enigmático arte primitivo como de las generadas por los escultores más connotados del siglo XX.

El benigno y misterioso impacto que siempre ha tenido el arte ancestral sobre la imaginaria estética de los creadores contemporáneos me lleva a formular una pregunta fundamental: ¿cómo entender esta fascinación que hoy en día tienen los artistas y el público por el arte egipcio, maya, sumerio, azteca, etcétera, si sabemos que los productos derivados de estas civilizaciones remotas tuvieron una función esencialmente religiosa, de culto a los dioses, a los muertos y a la naturaleza? La respuesta parece simple, pero hay que detenerse en ella y apreciar toda su luz: más allá de las diferencias étnicas, raciales, culturales y tecnológicas que se verifican entre los pueblos, es un hecho que en cada uno de ellos existieron individuos que manifestaron una misma y perentoria necesidad de darle cauce y cuerpo al genio artístico del cual eran portadores. ¿Y cuál es ese objetivo que identifica a los creadores de cualquier tiempo y lugar? Uno sólo: realizar la *praxis artística*, concebida ésta como la destreza admirable mediante la cual se imprime en los objetos y en las tareas encomendadas una *forma peculiar* que satisface espiritualmente al creador y que encanta, debido a su belleza, al público que atestigua el prodigio de la obra realizada. Esta necesidad innata y universal de expresión artística (que obedece a un sinfín de motivaciones: deseo de inmortalidad, sublimación de la melancolía, búsqueda de la perfección, etcétera) es efectivamente una experiencia privativa de los seres humanos y tiene la peculiaridad de ocurrir en todas sus manifestaciones: el arte religioso y el arte laico, el arte anónimo y el de autor, el arte primitivo y el moderno, el arte decorativo y las bellas artes. En este sentido, la *artisticidad* existe con independencia de su origen social, religioso o puramente estético. Así entonces, a pesar de las enormes diferencias sociohistóricas y culturales entre los pueblos, los individuos de la actualidad podemos admirar las excelsas obras legadas por nuestros congéneres de la Antigüedad. Cabe agregar, que el arte y los artistas, incluso en las peores condiciones de miseria, represión y aislamiento, siempre han existido y siempre existirán como manifestación de algunas de las cualidades más nobles y sublimes que poseemos como especie.

La obra escultórica de Arturo Macías tiene la virtud de proyectar ese aliento vital que es propio de los artistas; me refiero a la lucha fáustica en contra de la mortalidad humana, al anhelo indómito de trascender el mundo efímero que nos circunda. Uno de sus temas favoritos, la beldad de la mujer, refleja su espíritu hedonista y lúdico, gozoso y erótico, sin el cual no existiría buena parte de la historia del arte. Su estilo es generalmente figurativo, con evidentes influencias expresionistas. Por la fuerza psicológica que muestran los rostros de algunas de sus esculturas, Macías me recuerda a los personajes “humillados y ofendidos” recreados por el gran maestro Ernst Barlach, escultor alemán que le dio continuidad en su país a la notable tradición medieval de la talla en madera. Ya se trate de obras realistas o con insinuaciones abstractas, advertimos de manera clara o en forma sugerida la presencia de

figuras bien definidas gracias al meticuloso cincelado de las gesticulaciones y las actitudes corporales.

Esta virtud expresiva de Macías le debe mucho, sin duda, a la rica iconología de los Cristos novohispanos que tan bien conoce en tanto que amante del arte y coleccionista erudito. La madera constituye uno de sus materiales de trabajo más recurrentes, supongo que debido a la calidez que ella proyecta, amén de ser un elemento consustancial a la decoración y al paisaje uruapenses que sirven de marco idóneo e idílico para la creación cotidiana del artista.

Para finalizar, regreso a mi tesis inicial de que el arte es fuente de placer estético y un medio gozoso para alcanzar grandes cuotas de sabiduría humanista. Desde esta perspectiva, Macías no sólo transmite belleza artística a través de sus esculturas, sino que también ha logrado materializar en ellas sus conocimientos etnológicos, el oficio diestro, el buen gusto y el placer por la creación.

Sés Jarhani, a 18 de enero del 2001